

## Textácoras. Mónica Castillo y el Club

Existe una pregunta obvia dirigida a cualquier persona que presenta su trabajo en una exposición: “¿Qué te llevó a este proyecto?”. La respuesta, sin embargo, es todo excepto lineal y fácil de resumir; más aún cuando se trata del resultado de un grupo de personas que trabajan de manera estrecha entre sí. Al visitar esta exposición, los *qués* no son evidentes, pues, como se escucha en los murmullos que pueblan esta sala: “hay más palabras entramadas que hilos bordados. Millones”.

El primer *qué* es un dorito... sí, la fritura en forma de triángulo que encontramos dentro de empaques metalizados de distintos colores. La superficie reluciente de esa bolsita de “papas” se interpretó sobre un lienzo, bordado con hilos de seda cultivada en San Pedro Cajonos, en la Sierra Norte de Oaxaca. A pesar de haberse bordado con seda, fibra textil que asociamos inmediatamente a la luz y al brillo, la imagen resultante es opaca, *sin sabor*. Los hilos empleados derivan de un proceso sumamente cuidadoso que incluye la poda de los árboles de morera para propiciar el crecimiento de nuevas hojas que sirven de alimento a los gusanos. Conforme crecen, las hojas se clasifican para ofrecer las pequeñas, tiernas y jugosas a los gusanos más jóvenes, mientras que las hojas grandes y gruesas se dan a los gusanos adultos, justo antes de que inicien el tejido de sus capullos. En las familias sericultoras, primero comen los gusanos y después las personas. La calidad de la seda depende, en parte, de este cuidado en la alimentación. Si la humanidad produjera seda como lo hacen los gusanos, ¿qué tipo de seda saldría de nosotros si nos alimentáramos únicamente de Doritos? ¿Sería brillante y de color intenso gracias a los químicos que ingerimos? ¿Nos cautivaría su saturación de color, a pesar de conocer perfectamente bien su raíz artificial? Tal vez respondamos, con cierta superioridad moral: “¡No, de ninguna manera! ¡Abajo lo artificial, arriba lo natural!”. Quienes respondamos así, hemos de observar la genealogía de Doritos en esta muestra y contrastar el efecto producido por los hilos de seda embebidos en tintes naturales, contra aquel obtenido a partir de hilos mercerizados que, si bien se construyen a partir de otra fibra natural —el algodón—, contienen colorantes que distan mucho de ser naturales. ¿Cuál de los dos bordados atrapa nuestra mirada? ¿A qué *sabores* se ha acostumbrado nuestro gusto? ¿(en) Qué contradicciones (nos) encontramos? Como se dijo en El Club en una de nuestras reuniones: “No todo lo que brilla es oro”.

Así dio inicio este viaje, donde el **textil** devino en **bitácoras** que relatan las experiencias vividas por cinco mujeres que habitan en los municipios de Pueblo Nuevo y San Pablo Etlá, Oaxaca: Beatriz Alonso, Gabriela Esteva, Judit Jiménez, Amparo Sepúlveda y Mónica Castillo. El bordado dio pie a la convivencia, a la reflexión, a los cuestionamientos y a la creación de una “célula social” (nombrada así por El Club), célula que se ha transformado en una red de apoyo. Atraídas en primer lugar por la curiosidad de integrarse a una acción de este tipo (un *qué* más a la pregunta inicial), también es importante voltear a ver un aspecto más terrenal de la situación: el económico (otro *qué*), pues la participación en este proyecto representó un ingreso monetario. La experiencia de Mónica la ha hecho crítica de las relaciones y resultados que se establecen a partir de proyectos colaborativos, por lo que se llegó a un acuerdo que orientara el proceder del grupo. Entre otros puntos, se abordó la distribución económica de las fuentes de financiamiento (primordialmente la otorgada por una beca del Sistema Nacional de Creadores de Arte), así como de los ingresos económicos adicionales. Lejos de ser un contrato esculpido en piedra, se trata de palabras modeladas con hilo y aguja, reflejo del carácter dinámico y flexible de este documento, tal y como lo es la voluntad de sus firmantes.

El cuestionamiento de fondo de este proceso gira en torno al valor: no solamente al valor de un textil bordado a mano, sino al conjunto de valores de una sociedad donde todas las partes involucradas aportan y se benefician. ¿Es posible hacer un cálculo de horas de bordado para asignar un monto económico a esta labor? Más allá de su posibilidad, ¿es apropiado el cobro y el pago de esos montos dentro de un sistema económico en el que entran factores como salarios mínimos, utilidades e impuestos, entre muchos otros? Hay aspectos en el *crear* que impactan en el *vender*; como lo mencionó El Club: “Dedicar tanto tiempo a estos bordados, donde pusimos nuestros propios sueños, donde aportamos... quisiéramos mejor no separarnos de ellos”. Históricamente, el comercio textil ha construido y destruido ciudades; pero cuando hablamos de iniciativas de pequeña escala en las que se entremezclan tan íntimamente distintas emociones (como el afecto), ¿podemos igualmente hablar de “poderío económico”? ¿Queremos hablar de ello, siquiera, o se trata de mundos aparte, artificialmente vinculados y obligados a co-existir debido al sistema en el que vivimos?

¿Es *Textácoras* un territorio real o imaginado? Es real en tanto se puede ver, tocar y sentir. Es imaginado en cuanto a que, sin sus creadoras, esta célula social no existiría. Es real, pues evidencia las asimetrías en distintos niveles. Es imaginado al permitirnos vivir, aunque sea por un instante, en otro mundo. Ese otro mundo es un espacio donde *colabordamos*, una tierra donde las plantas de los pies se mueven entre las plantas que nos nutren día a día, un planeta ni romantizado ni romantizable donde se vive con calidad y dignidad, donde el valor no radica tanto en el *qué* (fin), sino en el *cómo* (medio)... un mundo sin saborizantes artificiales. O sí, también.

Hector M. Meneses Lozano  
Museo Textil de Oaxaca  
Mayo, 2022

There is an evident question for anyone presenting his or her work in an exhibition: “What is it that drew you to this project?” The answer, however, is anything but linear and easy to summarize, all the more so when it is the outcome of a group of people working closely together. When visiting this exhibition, the *whats* are not obvious, because, as can be heard in the murmurs that populate this room: “there are more intertwined words than embroidered threads. Millions”.

The first *what* is a Dorito... yes, the triangle-shaped fried food that we find inside a metallic packaging of different colors. The shiny surface of that little bag of chips was reproduced on a canvas and embroidered with silk threads grown in San Pedro Cajonos, located in the mountains of the Sierra Norte of Oaxaca. Despite having been embroidered with silk, a textile fiber that we immediately associate with light and brightness, the resulting image is opaque, *tasteless*. These threads derive from an extremely meticulous process that includes pruning the mulberry trees in order to promote the growth of new leaves, which serve as food for the worms. As the leaves grow, they are sorted so as to offer the small, tender, juicy ones to the youngest worms, while the large, thick leaves are given to the adult worms, just before they begin to weave their cocoons. For families that practice sericulture, the worms eat first and then the people. The quality of the silk depends, in part, on this careful diet. If humanity produced silk as worms do, what kind of silk would we produce if we ate only Doritos? Would it be shiny and deep in color thanks to the chemicals we ingest? Would we be captivated by its color saturation, despite knowing perfectly well its artificial root? Perhaps we would respond, with a certain moral superiority: “No, never! Down with the artificial, up with the natural!” Those of us who respond in this way must pay mind to the evolution of Doritos in this exhibition and contrast the effect produced by silk threads soaked in natural dyes, against those obtained from mercerized threads that, although they are made from another natural fiber —cotton— contain dyes that are far from natural. Which of the two embroideries catches our eye? To what *flavors* has our taste become accustomed to? What contradictions do we find (in us)? As was said by El Club in one of our meetings: “All that glitters is not gold.”

This is how this journey began, where textiles (**textil**) morphed into a journal (“**bitácoras**”) recounting the life experiences of five women living in the municipalities of Pueblo Nuevo and San Pablo Etlá, Oaxaca: Beatriz Alonso, Gabriela Esteva, Judit Jiménez, Amparo Sepúlveda, and Mónica Castillo. Embroidery gave rise to coexistence, reflection, questioning, and the creation of a “social cell” (named as such by El Club), a cell that has transformed into a support network. Initially attracted by the curiosity of joining an initiative of this type (another *what* with regards to our initial question), it is also important to consider a more mundane aspect of the situation: the economic one (another *what*), as participation in this project represented monetary income. Monica’s previous experience has made her critical of relationships and outcomes resulting from collaborative projects, so an agreement was reached to guide the group’s actions. Among other points, the distribution of financing from sources was addressed (primarily provided by a grant from the Mexican National System of Art Creators), as well as additional economic income. Far from being a contract carved in stone, it is about words modeled with needle and thread, a reflection of the dynamic and flexible nature of this document, just as the will of its cosigners is.

The underlying questioning at the root of this process revolves around value: not only the value of a hand-embroidered textile, but the set of values of a society where all involved parties contribute and benefit. Is it possible to calculate the hours spent embroidering in order to assign an economic value to this labor? Beyond that possibility, is the collection and payment of these amounts appropriate within an economic system that factors in the minimum wage, utilities, and taxes, among many others? There are aspects of *creating* that have an impact on *selling*; as El Club mentioned: “To devote so much time to these embroideries, where we put our own dreams, where we contribute... we would prefer not to separate ourselves from them.” Historically, the textile trade has built and destroyed cities; but when we talk about small-scale initiatives in which different emotions (such as affection) are so intimately intertwined, can we still talk about “economic power”? Do we even want to talk about it, or are they worlds apart, artificially vindicated and obliged to coexist due to the system that we live in?

Is **Textácoras** a real or imagined territory? It is real insofar as it can be seen, touched, and felt. It is imagined as, without its creators, this social cell would not exist. It is real since it evidences the asymmetries present on multiple levels. It is imagined as it allows us to live, if only for a moment, in another world. That other world is a space where we co-embroider, a land where the soles of our feet move among the plants that nourish us day by day, a planet neither romanticized nor romanticizable where we live with quality and dignity, where value does not lie so much in the *what* (end), but in the *how* (means)... a world without artificial flavors. Or yes, as well.

Hector M. Meneses Lozano  
Museo Textil de Oaxaca  
May, 2022